

Antonio Colinas

JOSÉ PAULINO AYUSO
Universidad Complutense de Madrid

Nació en La Bañeza (León), en 1946. Entre 1970 y 1974 estuvo en Italia, donde fue lector de español en Milán y Bérgamo. Residió veintiún años en la isla de Ibiza, y en la actualidad vive en Salamanca. Ha escrito más de una treintena de libros de poesía, narrativa, ensayo, biografía, libros de viajes. En 1975 recibió el Premio Nacional de Literatura, entre otros, por el conjunto de su obra poética (*El río sombra, Treinta años de poesía, 1967-1997*). Es también muy importante su labor como crítico literario y como traductor del italiano (ocupándose, sobre todo, de la obra de Giacomo Leopardi o Salvatore Quasimodo.)

Bibliografía esencial:

- Los silencios de fuego*, Tusquets editores, Barcelona, 1992.
Libro de la mansedumbre, Tusquets editores, Barcelona, 1997.
El río de la sombra (Treinta años de poesía, 1967-1997). Colección Visor, n.º 408, Madrid, 1999.
Hacia el infinito naufragio (Una biografía de Giacomo Leopardi), Tusquets editores, Barcelona, 1988.
El sentido primero de la palabra poética, Fondo de Cultura, Madrid-México, 1988.
Tratado de armonía, Tusquets editores, Barcelona (2.ª ed. 1992).
Rafael Alberti en Ibiza. Seis semanas del verano de 1936, Tusquets editores, Barcelona, 1995.
Sobre la vida nueva, Ediciones Nobel. Oviedo, 1996.
El crujido de la luz, Edilesa, León, 1999.
Nuevo tratado de armonía, Tusquets editores, Barcelona, 1999.
Un año en el sur, Seix Barral, Barcelona (2.ª ed. 1990).
Larga carta a Francesca, Seix Barral, Barcelona, (2.ª ed. 1989).
Días de Petavonium, Tusquets, Barcelona, 1994.

Sobre A. Colinas:

- VV.AA. *Antonio Colinas. Armonía órfica, una poética de la fusión*. Revista «Anthropos», n.º 105, Barcelona, 1990.

VV.AA. *Antonio Colinas (Selección de textos, documentos y homenaje)* Suplemento n.º 21 de la Revista «Anthropos», Barcelona, 1990.

VV.AA. *El viaje hacia el centro. La poesía de A. Colinas*, Editorial Calambur, Madrid, 1997.

* * *

Los pocos datos que Antonio Colinas ha incluido en su texto biográfico vienen a ser los esenciales a la hora de entender el proceso literario que ha seguido y los momentos en que se puede ordenar su obra poética. Dejemos constancia simplemente de su escala vital en los espacios geográficos peninsulares: nacimiento y primeros años en La Bañeza; estancia en Córdoba y Madrid por razón de estudios; conocimiento demorado de Italia, de su lengua y de su literatura; residencia en la isla de Ibiza, durante veinte años, en los que se impregna de la contemplación del mar, traslado reciente a Salamanca, más cerca de su espacio geográfico original. Sus inicios poéticos (al menos por lo que hace a una poesía madura y reconocida por el autor), dentro de esta suerte de peregrinaje, se sitúan a finales de los años sesenta y comienzo de los setenta, en un lapso de unos cinco años (como podría también verse por las fechas de los poemas y los libros) que coinciden parcialmente con los de su estancia en Italia.

Y dos observaciones preliminares me parecen oportunas a la hora de comenzar la presentación de Antonio Colinas. Ante todo, es perceptible la amplitud y relativa variedad de su obra publicada. Ha escrito Colinas poesía, novela, ensayo y memorias, además de un tipo de prosa poética y aforística. Ha realizado también numerosas traducciones (entre ellas —aunque no todas— de textos poéticos y autores italianos). De ese conjunto retenemos la gran complejidad de sus fuentes literarias y de pensamiento y su gran curiosidad cultural (o transcultural); pero, a la vez, la unidad o convergencia profunda de todas las manifestaciones, pues, como dice una de sus observaciones, todo parte del sentido poético. Por otra parte, y en segundo lugar, Antonio Colinas pertenece, por su edad y por el momento mismo de la publicación de los primeros libros, a una etapa que está ya definida abundantemente y que es característica en la poesía española, dentro del paso de los años sesenta a los setenta. Es el último de los períodos de la poesía en la segunda mitad del siglo XX que solemos considerar bien caracterizado y con rasgos propios y específicos.

Este momento poético a que me refiero está dominado por la aparición de una promoción de poetas, pronto proclamada, autoproclamada y reconocida como tal promoción o *generación*, que ha sido objeto de una abundante bibliografía y académica. Esta promoción se sigue, pues, considerando desde una cierta caracterización, que hoy, sin embargo se configura de modo muy distinto a como lo hizo en sus comienzos, tanto por los nombres que figuran en las nóminas habituales como por las ya largas trayectorias (premiadas y reconocidas repetidamente) de los poetas.

Así, me parece que son necesarias algunas consideraciones críticas muy sucintas acerca de este momento para situar la personalidad poética y la obra de

Antonio Colinas en su contexto. Para ello selecciono cuatro rasgos como los más esenciales (no los únicos):

1.º La voluntad deliberada, consciente, empeñada de renovar la poesía española en lengua castellana, ejercida frecuentemente de manera polémica y militante. En la primera parte de esta afirmación sí encontramos a Colinas, pero no en la militancia y en la polémica. Lo que se pretende, en general, es una recuperación de la tradición y, a la vez, de la vanguardia; o dicho más precisamente —como ha recordado Jaime Siles, uno de los poetas jóvenes o últimos de esta época— *la vanguardia como tradición y la tradición como vanguardia*. De que lado de esta dualidad cae Colinas, lo podremos comprobar inmediatamente. Pero quiero adelantar que —por debajo de su referencia en la dicción a un clasicismo que le impregna— también se da en él (quizás no de manera permanente, aunque no escasa) esta nota de vanguardismo que es cierto irracionalismo (o ilogicismo) que tan profundamente ha penetrado en el lenguaje lírico contemporáneo.

2.º En esta renovación pretendida, el aspecto central y que más se considera es el lenguaje, con una gran variedad de registros, lenguaje que se enriquece y acentúa más lo propio, lo característico de la escritura poética, y que tiende a hacerse autónomo (de su mimesis de la realidad y de la inmediata subjetividad del poeta) y reflexivo. De ahí la tendencia a la metapoesía como práctica y teoría propia del momento.

3.º Esto es la proclamación de la autonomía de la poesía, frente a demandas ajenas del exterior y a otras posibles funciones (moral, didáctica, social, crítica, revolucionaria, etc.) que también puede tener la poesía (y ha tenido históricamente) y que en este momento no se aceptan o sólo se consideran de orden subsidiario: se trata, pues, del dominio total de la lírica. Pero aparece también —reforzando esta autonomía del texto poético— una distinción clara entre el yo poético de la obra y el yo biográfico del autor. El primero tiende a desvincularse del segundo, es el sujeto de la escritura, no el ser humano particular. Y así, la poesía no necesariamente expresa sentimientos reales o experiencias acaecidas al autor. (Claro que esto se da en diversos grados. Colinas tiene una poesía más ceñida a su realidad humana, cordial y vital; y, por otra parte, en un último estrato el yo subjetivo es perceptible en la misma creación del yo poético, por más separado que se le pretenda. Estamos en un cierto nivel de abstracción teórica que tiene, sin embargo, significativas consecuencias prácticas).

4.º Esta poesía se construye a partir de la apertura a horizontes culturales muy amplios (que incluyen otras artes, medios modernos de comunicación) y a otras tradiciones poéticas de lenguas diferentes, que aparecen frecuentemente como «autores de culto», en citas, referencias, epígrafes, alusiones, incisos intertextuales, etc., que dotan a esta poesía de un cierto lujo cultural o culturalista que, si puede llegar a lo artificioso, sitúa a estos poetas en su referencia necesaria a un espacio poético, artístico y cultural europeo (sobre todo) que pue-

den conocer detenidamente por sus viajes y estancia en otros países. Es el caso de Antonio Colinas, precisamente, que reside en Italia y ha realizado algunos viajes a Alemania, de cuyos recuerdos han surgido importantes poemas de sus últimos libros. Pero de siempre ha tenido un fondo cultural tomado de Alemania, como luego diré.

Estos cuatro rasgos parecen ya bastante bien establecidos y aceptados para hablar de la promoción poética de Antonio Colinas y aparecen, aunque siempre con matices peculiares, en la obra de este poeta. Por ello, corresponde que nos acerquemos más a lo que resulta más propio y particular de Colinas, dentro de este contexto general.

Creo que se da en él, y es apreciable en la poesía, una honda vivencia del mundo infantil y de su paisaje originario, el Páramo leonés y la Meseta castellana. Desde la primera obra hasta los dos últimos poemas recientemente publicados —cuando se hace esta presentación— *Plegaria de los Páramos negros* y *Zamira ama a los lobos* está ese paisaje inscrito y descrito en su obra, y el poeta regresa a él (como una necesidad). Y no sólo en los versos, sino en sus libros de prosa, como *Orillas del Órbigo*, *Días en Petavonium* y *El crujido de la luz*.

A esto se añade el encuentro con el mundo del clasicismo en Italia, revivido desde el Renacimiento y percibido, sentido, sobre todo, con espíritu contemporáneo. El resto arqueológico, el fragmento de estatua, la ruina no son sólo restos, sino una huella, un vestigio, un signo, en realidad, del pasado que aparece ante los ojos del observador dotado de gran prestigio. Sugestión y potencia poética por ser obra de arte y condensación cultural de la historia, es decir, cargado de humanidad y a la vez, y por ello mismo, de temporalidad.

Y viene pronto también, antes de todo, desde sus primeras lecturas, la influencia del Romanticismo alemán, que Colinas llama el *romanticismo originario*, con su inquietud por el misterio, su afán de trascendencia y su aspiración al infinito. Esto se completa, más tarde, por las aportaciones que le llegan del caudal de la cultura y de las religiones orientales, inicialmente también por medio de autores de ámbito alemán: Schopenhauer, primero, y luego Jung. Finalmente del investigador rumano Mircea Eliade.

Hay aquí una enorme variedad y complejidad de influencias y tradiciones que se conjuntan y completan y de las cuales surge este mundo poético tan personal, cuya síntesis, en realidad, viene a realizarse en la nueva apertura al territorio —geográfico y poético— de la mística, sobre todo por las figuras de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León, poetas a los que rinde homenaje en su obra en prosa así como en los versos del libro *Noche más allá de la noche*, por ejemplo. Esta relación con la mística nos orienta, finalmente, para percibir una latente tensión en su obra, que produce un doble trayecto:

— el trayecto que va de la palabra al silencio (interior, profundo, más allá del sonido articulado y aun del sonido), o mejor, del silencio originario a la palabra y de ésta de regreso hacia su silencio.

— el trayecto que (sobre el anterior) va de la realidad inmediata del paisaje —con sus múltiples posibilidades reales antes mencionadas— hacia una realidad trascendida, a través de la emoción, de la estética y de los mitos esenciales, entre los cuales el Mediterráneo mismo, como espacio, constituye en un período el gran mito englobante o la matriz arquetípica de los mitos; trayecto éste que desemboca en el discurso final de la «mansedumbre» que, si yo he entendido bien, es una actitud humana devenida y decantada en actitud poética que otorga una radical apertura (receptiva) y disponibilidad ante el mundo.

De este modo, creo que la obra de Antonio Colinas muestra una permanencia e identidad muy considerable pero evolutiva —y en absoluto estática—. Su coherencia profunda resiste y a la vez es capaz de dejarse marcar por el transcurso del tiempo vital y del tiempo histórico. Y este movimiento de su obra lo percibo también proyectado en dos aspectos: como *vuelatas* sucesivas que son *retornos* geográficos o espaciales, de vivencias interiores o de temas e incluso de autores y lecturas; como una profunda decantación o supresión de elementos ajenos (que no es clausura al mundo exterior u olvido de lo real) con ahondamiento en lo propio, que es fidelidad a sí mismo, al ser que es en relación con la realidad del mundo percibida y recibida en espíritu o actitud de mansedumbre. Es esta actitud una consideración de lo íntimo que tiende a situarse en la tensión viva de contrarios: plenitud / vacío, todo / nada: todo como nada y nada como todo.

Finalmente quisiera decir algo particular acerca de su dicción poética, de su estilo, en términos tradicionales. Conviene notar el curso pausado y reflexivo del ritmo, aunque con diferencias de composición. ya que puede escribir un poema breve, casi sentencioso, otro poema más extenso y descriptivo y llegar hasta el poema-libro. Del mismo modo, emplea versos regulares, medidos, como el alejandrino (un libro entero es una unidad orgánica compuesta en alejandrinos, por ejemplo) o elige una forma versal más libre, pero siempre busca el rigor (precisión, austeridad, exactitud, tono) en la construcción del poema y la musicalidad en el lenguaje, que nos acerca al fenómeno del encantamiento: en el lenguaje poético se produce el encantamiento del mundo y de nuestras emociones. Por otro lado, está en él la busca constante de lo esencial, del conocimiento que se desvela y revela y que viene acompañado por la emoción, más aún, por el estremecimiento ante la poesía y ante el misterio que se descubre en ella. Encantamiento y misterio componen los dos elementos esenciales que afloran en esa dicción, ritmo y musicalidad de Antonio Colinas, cuya poesía, de esta manera, ha alcanzado, por el reconocimiento de la crítica, la categoría de una poesía clásica, con el clasicismo propio de nuestra época.